



rmbm.org



rmbm.org/rinconlector/index.htm

LA ODISEA



AKAL / BÁSICA DE BOLSILLO

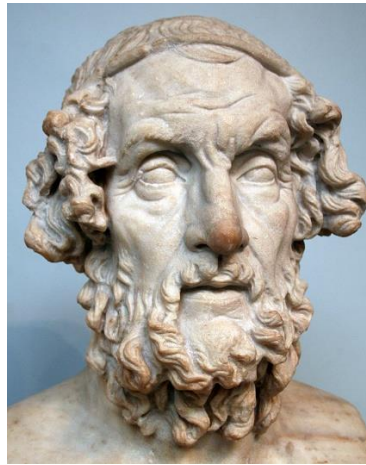
LA ODISEA HOMERO

INTRODUCCIÓN
LUIS ALBERTO DE CUENCA

Homero

HOMERO

<https://es.wikipedia.org/wiki/Homero>



Homero (en griego antiguo: Ὅμηρος, romanizado: *Hómēros*; c. siglo VIII a. C.) es el nombre dado al aedo a quien tradicionalmente se atribuye la autoría de los principales poemas épicos griegos: la *Ilíada* y la *Odisea*.

Desde el período helenístico se ha cuestionado que el autor de ambas obras fuera la misma persona; sin embargo, antes no solo no existían estas dudas, sino que la *Ilíada* y la *Odisea* eran considerados relatos históricos reales. Las composiciones homéricas son la obra literaria más antigua de Europa que conocemos.

La *Ilíada* y la *Odisea* son el pilar sobre el que se apoya la épica grecolatina y, por ende, la literatura occidental.

Etimología



Homero y su lazarillo (1874), de William-Adolphe Bouguereau.

El nombre de Hómēros es una variante jónica del eólico Homaros. Su significado es 'rehén', 'prenda' o 'garantía'. Hay una teoría que sostiene que el nombre proviene de una sociedad de poetas llamados los Homéridas (*Homēridai*), que literalmente significa 'hijos de rehenes', es decir, descendientes de prisioneros de guerra. Dado que estos hombres no eran enviados a la guerra al dudarse de su lealtad en el campo de batalla, no morían en él. Por tanto, cuando no había literatura propiamente dicha (escrita), se les confiaba el trabajo de recordar la poesía épica local y, con ella, los acontecimientos pasados.

También se ha sugerido que lo que podría contener el nombre Hómeros es un juego de palabras derivado de la expresión *ho me horón*, que significa 'el que no ve'.

Biografía

En la figura de Homero confluyen realidad y leyenda. La tradición sostenía que Homero era ciego, y varios lugares reclamaban ser su lugar de nacimiento: se dice que era jonio, procedente de la isla de Quíos o de Esmirna, así como de Colofón, Atenas, Argos, Rodas, Salamina, Pilos, Cumas e Ítaca.

Tampoco sabemos con seguridad las fechas correspondientes a su natalicio, la mayoría anteriores al 700 a. C.

Datos biográficos recogidos por la tradición

El *Himno homérico a Apolo delio* dice «que es un ciego que reside en Quíos, la rocosa». El poeta lírico Simónides de Amorgos atribuye al «hombre de Quíos» el siguiente verso de la *Ilíada*:

¿Por qué me preguntas mi linaje? Como el linaje de las hojas soy

Ese verso fue convertido en proverbio en la Época Clásica. Luciano de Samósata dice que fue un babilonio enviado a Grecia como rehén, y de ahí su nombre.

Pausanias transmite una tradición de los chipriotas, quienes también reclamaban para sí a Homero:

Dicen que Temisto, una mujer del lugar, era su madre, y que Euclio profetizó el nacimiento de Homero en estos versos:

Y entonces en la costera Chipre existirá un gran cantor,
al que dará a luz Temisto en el campo, divina entre las mujeres,
un cantor muy ilustre lejos de la muy rica Salamina.
Dejando Chipre mojado y llevado por las olas,
Cantando él solo el primero las glorias de la espaciosa Hélade

Será inmortal por siempre y no conocerá la vejez

Pausanias: *Descripción de Grecia*, X, 24, 3.

Sin embargo, también se conserva el siguiente epigrama, atribuido al poeta helenístico Alceo de Mesene, en el que Homero niega su origen salaminio y niega que se erigiera una estatua suya en esta ciudad y que su padre fuera un tal Demágoras:

Ni aunque el martillo surgir como Homero de oro me hiciera entre rayos
flameantes de Zeus, soy ni seré salaminio ni el hijo de Meles lo será de
Demágoras; ¡tal la Hélade lo vea! Con otro poeta probad; y mis versos
vosotros a los Helenos, Musas y Quíos, cantadlos.

Alceo de Mesene: *Epigrama 555*, recogido en la *Antología Palatina*.

Aunque ya en la época de la Grecia Clásica nada concreto y seguro se sabía de Homero, a partir del periodo helenístico empezaron a surgir biografías que recogían tradiciones muy diversas y a menudo datos de contenido fabuloso. En estos relatos se decía que antes de llamarse Homero se había llamado Meles, Melesígenes, Altes o Meón, y se daban datos muy diversos y con numerosas variantes acerca de su ascendencia.

Hay una tradición que dice que la Pitia dio una respuesta al emperador Adriano acerca de la procedencia de Homero y de su ascendencia:

Me preguntas por la ascendencia y la tierra patria de una inmortal sirena. Por su residencia es itacense; Telémaco es su padre y la nestórea Epicasta su madre, la que alumbró con mucho al varón más sabio de los mortales.

En el *Certamen de Homero y Hesíodo* se nos da una genealogía ficticia que comparten ambos poetas:

«Unos cuantos aseguran que [Homero] fue mayor que Hesíodo y algunos que más joven y pariente suyo. Establecen la siguiente genealogía: de Apolo y Toosa la de Poseidón dicen que nació Lino, de Lino Píero, de Píero y la ninfa Metona Eagro, de Eagro y Calíope Orfeo, de Orfeo Ortes, de él Harmónides, de él Filoterpes, de él Eufemo, de él Epífrades, de él Melanopo, de este Dío y Apeles, de Dío y Piquimeda, la hija de Apolo, Hesíodo y Perses, de Perses Meón y de la hija de Meón y el río Meles Homero».

Hay también una tradición acerca del lugar donde murió Homero, atestiguada al menos desde el siglo V a. C., de que se produjo en la isla de Íos.

Pausanias recoge esta tradición y habla sobre una estatua de Homero que vio y un oráculo que leyó en el Templo de Apolo, en Delfos:

Puedes ver también en el pronaos del Templo de Apolo de Delfos una estatua de bronce de Homero sobre una estela y en ella leerás el oráculo que dicen que tuvo Homero:

Dichoso e infortunado, pues naciste para cambiar cosas,
Buscas una patria. Tienes una tierra natal, pero no una patria.
La isla de Íos es la patria de tu madre, que cuando mueraste recibirá. Pero vigila el enigma de los jóvenes muchachos.

Pausanias: *Descripción de Grecia*, X, 24.

Además señala que:

Los de Íos enseñan también un sepulcro de Homero en la isla y en otro lugar uno de Clímene, y dicen que Clímene era la madre de Homero.

Investigación moderna

Se considera que la mayor parte de las biografías de Homero que circularon en la Antigüedad no aportaban ningún dato seguro. Sin embargo, suele admitirse que el lugar de procedencia del poeta debió de ser la zona colonial jónica de Asia Menor, basándose en los rasgos lingüísticos de sus obras y en la fuerte tradición que lo hacía proceder de la zona. El investigador Joachim Latacz sostiene que Homero pertenecía o estaba en permanente contacto con el entorno de la nobleza.^[6] También persiste el

debate sobre si Homero fue una persona real o bien el nombre dado a uno o más poetas orales que cantaban obras épicas tradicionales.

Obras que le fueron atribuidas

Además de la *Ilíada* y la *Odisea*, a Homero se le atribuyeron otros poemas, como la épica menor cómica *Batracomiomaquia* (*La guerra de las ranas y los ratones*), el *corpus* de los himnos homéricos y varias otras obras perdidas o fragmentarias tales como *Margites*. Algunos autores antiguos le atribuían el Ciclo épico completo, que comprende más poemas sobre la guerra de Troya así como epopeyas que narraban la vida de Edipo y guerras entre argivos y tebanos.

Los historiadores modernos, sin embargo, suelen estar de acuerdo en que la *Batracomiomaquia*, el *Margites*, los himnos homéricos y los poemas cíclicos son posteriores a la *Ilíada* y a la *Odisea*.

Imagen de Homero en Céncreas

Una pintura del poeta griego Homero sobre un panel del templo de Isis en Céncreas, antiguo puerto de Corinto, donde su rostro refleja cierta severidad, ha sugerido que las imágenes bizantinas de Cristo pudieron haber sido ideadas a partir de dicha figura, en especial por la similitud de las fisonomía facial y también en cuanto a la postura del cuerpo que se representa en las mismas.

Datación

Testimonios antiguos

La mayor parte de la tradición sostenía que Homero había sido el primer poeta de la Antigua Grecia. Heródoto, que cita varios pasajes de la *Ilíada* y de la *Odisea*, dice que Homero vivió cuatrocientos años antes que él, lo que situaría al poeta en torno al siglo IX a. C. Por otra parte, Helánico de Lesbos dijo que Homero había sido contemporáneo de la guerra de Troya, y Eratóstenes sostenía que debió de vivir un siglo después. Otros autores antiguos consideraban que Homero era contemporáneo de Licurgo o de Arquíloco.

También en la Antigüedad se discutía acerca de la relación cronológica entre Homero y Hesíodo. Jenófanes y Filócoro pertenecían al grupo de los autores que situaban a Homero con anterioridad a Hesíodo. El *Certamen de Homero y Hesíodo*, una obra muy tardía, suponía que eran contemporáneos entre sí. En cambio, Éforo, Lucio Accio y la *Crónica de Paros* decían que Hesíodo había sido anterior.

Con anterioridad a Heródoto, hubo otros autores que citaron a Homero: Heráclito, Teágenes de Regio, Píndaro, Semónides y Jenófanes. Además, Heródoto recoge la noticia de que el tirano Clístenes había prohibido a los rapsodas competir en Sición a causa de los poemas homéricos, pues estos

celebraban continuamente a Argos y a los argivos. Sin embargo, esta última alusión es posible que se refiriera al ciclo tebano y no a la *Ilíada* ni a la *Odisea*.

Redacción de los poemas homéricos en el siglo VIII a. C.

La mayoría de los historiadores sitúa la figura de Homero en el siglo VIII a. C., aunque hay controversia acerca de la fecha en la que sus poemas se pusieron por escrito. El hallazgo de una inscripción relacionada con un pasaje de la *Ilíada* en una vasija de Isquia conocida como la Copa de Néstor, datada hacia el año 720 a. C., ha sido interpretada por algunos investigadores, entre ellos Joachim Latacz, como un claro indicio de que en aquella época la obra de Homero ya había sido consignada por escrito. Sin embargo, otros autores, como los filólogos Alfred Heubeck y Carlo Odo Pavese, niegan que de esa inscripción pueda extraerse tal conclusión. Algunos fragmentos de cerámica del siglo VII a. C. que representan un cíclope cegado por Odiseo suelen interpretarse como influidos directamente por la *Odisea*. Hay otras obras de poesía arcaica que han sido interpretadas como influidas por Homero, como un poema de Alceo de Mitilene que alude a la cólera de Aquiles y un poema de Estesícoro en el que Helena se dirige a Telémaco para anunciarle que Atenea ha dispuesto su regreso.

Redacción de los poemas homéricos en el siglo VII a. C.

Algunos investigadores defienden que los poemas homéricos fueron puestos por escrito en el siglo VII a. C. Arguyen que de la referencia que hay en la *Ilíada* a la ciudad de Tebas de Egipto se deduce que este pasaje fue escrito tras la conquista de esta ciudad por el rey asirio Asurbanipal. Además, algunos pasajes parecen referirse a tácticas hoplitas que se cree que tuvieron su origen en ese siglo. También se cita como indicio la referencia en la *Odisea* a la ciudad de Ismaro, que estaba de actualidad en el siglo VII a. C. No creen que la redacción de los poemas fuera posterior, porque consideran que hay suficientes referencias iconográficas y literarias para sostener que antes del siglo VI a. C. ya se conocían los poemas homéricos por escrito.

Redacción de los poemas homéricos en el siglo VI a. C.

Hay una corriente de investigadores que sostiene, en cambio, la hipótesis de que los poemas homéricos se pusieron por escrito a partir del siglo VI a. C. Creen que las coincidencias de temas entre los poemas homéricos y otros fragmentos literarios o iconográficos anteriores solo indican que ambos bebieron de las mismas fuentes orales.

Además, hay algunos testimonios antiguos, como un pasaje de Flavio Josefo, que defendían que Homero no había dejado escritos. Ya a finales del siglo XVIII, algunos historiadores como Friedrich August Wolf consideraban que la primera redacción escrita de los poemas homéricos había sido en la época de Pisístrato, tirano de Atenas. Esta idea fue también defendida en el siglo XX por otros filólogos como Reinhold Merkelbach, que también han situado la primera redacción escrita de los poemas

homéricos en el siglo VI a. C. Esta postura es criticada por los defensores de la redacción escrita de los poemas en el siglo VIII, puesto que creen que supone confundir la composición escrita de los poemas con la manipulación que sufrieron al ser puestos por escrito en la época de Pisístrato. En contra de las tesis de Wolf ya se manifestó Ulrich von Wilamowitz, en un estudio realizado en 1884, en el que señalaba que la versión ateniense de los poemas homéricos se había impuesto a las demás.

La cuestión homérica

Artículo principal: Cuestión homérica

Se denomina *cuestión homérica* a una serie de incógnitas planteadas en torno a los poemas homéricos. Dos de los interrogantes más debatidos son quién o quiénes fueron sus autores y de qué modo fueron elaborados.

Los investigadores están generalmente de acuerdo en que la *Ilíada* y la *Odisea* sufrieron un proceso de fijación y refinamiento a partir de material más antiguo en el siglo VIII a. C. Un papel importante en esta fijación parece que correspondió al tirano ateniense Hiparco, quien reformó la recitación de la poesía homérica en la festividad Panatenea. Muchos clasicistas sostienen que esta reforma implicó la confección de una versión canónica escrita.

Controversia en torno a la unidad de los poemas

En la Antigüedad, durante el periodo helenístico, los filólogos alejandrinos Jenón y Helánico llegaron a la conclusión, a partir de las diferencias y contradicciones de todo tipo que hallaron entre la *Ilíada* y la *Odisea*, de que solo la primera de estas epopeyas fue compuesta por Homero, por lo que fueron llamados «corizontes» o «separadores». Su opinión fue rechazada por otros filólogos alejandrinos como Aristarco de Samotracia, Zenódoto de Éfeso y Aristófanes de Bizancio.

En época moderna, la filología homérica ha mantenido diferentes puntos de vista que se han agrupado en distintas tendencias o escuelas:

La escuela analítica ha tratado de demostrar la falta de unidad existente en los poemas homéricos. Fue iniciada por el abad François Hédelin en su obra póstuma *Conjeturas académicas*, publicada en 1715, y, sobre todo, a partir de la obra *Prolegomena ad Homerum* (1795), de Friedrich August Wolf. Los analistas defienden la intervención de varias manos distintas en la elaboración de cada uno de los poemas homéricos, que además serían producto de la recopilación de pequeñas composiciones populares preexistentes.

Posteriormente, una escuela denominada neoanalítica ha interpretado los poemas homéricos como resultado de la obra de un poeta a la vez recopilador y creador.

Frente a ellos se halla un punto de vista unitario que sostiene que cada uno de los poemas homéricos tiene una concepción global y una inspiración creativa que impide que puedan ser resultado de una compilación de poemas menores.

Por otro lado, el clasicista Richmond Lattimore escribió un ensayo titulado *Homero: ¿Quién era ella?* (*Homer: Who Was She?*). Samuel Butler era más específico, y consideraba que una joven mujer siciliana habría sido la autora de la *Odisea* — pero no de la *Ilíada* —, idea con la que especularía Robert Graves en su novela *La hija de Homero* (*Homer's Daughter*).

Modo en que fueron elaborados los poemas

Es objeto de debate el modo en el que los poemas homéricos fueron elaborados y cuándo podrían haber tomado una forma escrita fija.

La mayoría de los clasicistas está de acuerdo en que, independientemente de que hubiera un Homero individual o no, los poemas homéricos son el producto de una tradición oral transmitida durante varias generaciones, que era la herencia colectiva de muchos cantantes-poetas, *aoidoi*. Un análisis de la estructura y el vocabulario de ambas obras muestra que los poemas contienen frases repetidas regularmente, incluyendo la repetición de versos completos. Milman Parry y Albert Lord señalaron que una tradición oral tan elaborada, ajena a las culturas literarias actuales, es típica de la poesía épica en una cultura exclusivamente oral. Parry afirmó que los trozos de lenguaje repetitivo fueron heredados por el cantante-poeta de sus predecesores y eran útiles para el poeta al componer. Parry llamó «fórmulas» a estos trozos de lenguaje repetitivo.

Sin embargo, hay una serie de filólogos (Wolfgang Schadewaldt, Vincenzo di Benedetto, Keith Stanley, Wolfgang Kullmann) que defiende que los poemas homéricos fueron originalmente redactados por escrito. Como argumentos señalan la complejidad de la estructura de estos poemas, los reenvíos internos a pasajes que se encuentran situados a considerable distancia^[f] y la creatividad en el uso de las fórmulas.

La solución propuesta por algunos autores como Albert Lord y posteriormente por la filóloga Minna Skafte Jensen es la «hipótesis de la transcripción», en la que un «Homero» iletrado dicta su poema a un escriba en el siglo VI a. C. o antes.¹ *Homeristas* más radicales, como Gregory Nagy, sostienen que un texto canónico de los poemas homéricos como «escritura» no existió hasta el período helenístico.

Geografía homérica

Homero concebía un mundo que estaba completamente rodeado por Océano, el cual era considerado padre de todos los ríos, mares, fuentes y pozos.

El estudio de las menciones geográficas en la *Ilíada* desvela que el autor conocía detalles muy precisos de la actual costa turca y, en particular, de Samotracia y del río Caistro, cerca de Éfeso. En cambio, las referencias a la península griega, con excepción de la pormenorizada enumeración de lugares del *Catálogo de las naves*, son escasas y ambiguas. Todo esto indicaría que, de haber sido Homero una persona concreta, se trataría de un autor griego natural de la zona occidental de Asia Menor o de alguna de las islas próximas a ella.

El citado *Catálogo de las naves*, que es la enumeración de los ejércitos de la coalición aquea, recoge un total de 178 nombres de lugar agrupados en 29 contingentes distintos. Se trata de un catálogo del que muchos nombres de lugares ya no podían ser reconocidos por los geógrafos griegos posteriores a Homero, pero en el que no se ha podido demostrar ninguna localización errónea.

En la *Odisea*, Homero menciona una serie de lugares en la parte que trata de las aventuras marinas de Odiseo de los que la mayoría de los historiadores sostiene que se trata de lugares puramente fabulosos, a pesar de que la tradición posterior trató de encontrar localizaciones precisas de ellos. En la *Biblioteca mitológica* de Apolodoro, se señala que:

Odiseo, según dicen algunos, vagó errante por Libia, según otros por Sicilia y, según el resto, por el Océano o por el mar Tirreno.

Otro aspecto controvertido de la geografía homérica ha sido la localización de la isla de Ítaca, patria de Odiseo, puesto que algunas de las descripciones de ella que aparecen en la *Odisea* no parecen corresponderse con la isla de Ítaca actual.

Aspectos históricos de los poemas

Artículo principal: Troya

Rasgos de la sociedad descritos por Homero

Homero describe una sociedad basada en el caudillaje; se trata de una sociedad guerrera en la que cada región tenía una autoridad suprema que habitualmente era hereditaria. Cada caudillo tenía un séquito personal formado por personas que guardaban un alto grado de lealtad. Disfrutaban de una serie de privilegios: las mejores partes en la distribución de botines y la propiedad de un dominio. Tenían una única esposa, pero podían tener numerosas concubinas, aunque hay un caso en el que Homero presenta una situación de poligamia: la del rey troyano Príamo. Las decisiones políticas eran discutidas en un consejo formado por el caudillo y los jefes locales y luego eran comunicadas en la asamblea del pueblo. Los caudillos también tenían la función de presidir los sacrificios ofrecidos a los dioses.

Homero describe un tribunal de justicia que juzgaba los delitos, aunque a veces las familias de los implicados podían llegar a un acuerdo privado que sirviera como compensación por el delito cometido, incluso en caso de homicidio.

En las relaciones exteriores era importante la hospitalidad, que era una relación en la que los caudillos estaban obligados a ofrecerse mutuamente alojamiento y ayuda cuando uno de ellos o un embajador suyo viajara al territorio del otro.

Entre los hombres libres citados se encuentran los *thêtes* o siervos, que eran trabajadores libres cuya supervivencia dependía de un escaso salario. También se nombran los demiurgos, que eran profesionales que tenían una función pública, tales como artesanos, heraldos, adivinos, médicos y aedos.

La esclavitud también era práctica aceptada en la sociedad descrita por Homero. Los esclavos solían tomarse entre prisioneros de guerra, o bien en expediciones de pillaje. Se citan ejemplos de compraventa de esclavos y de personas que ya habían nacido siendo esclavas. Los amos a veces recompensaban a sus esclavos concediéndoles tierras o una casa. Se cita la posibilidad de que una esclava pudiera acabar convirtiéndose en la legítima esposa de su señor.

En cuanto a los valores éticos descritos, se incluyen el honrar debidamente a los dioses, respetar a mujeres, ancianos, mendigos y suplicantes extranjeros y no deshonar el cadáver de un enemigo muerto. La incineración es el uso funerario que aparece en los poemas homéricos.

La religión era politeísta. Los dioses tenían características antropomórficas y decidían el destino de los mortales. Se realizaban numerosos ritos tales como sacrificios y plegarias para tratar de conseguir su ayuda y su protección.

Aunque se conocía el hierro, las armas, en su mayor parte, eran de bronce. Homero describe también el uso del carro de guerra como medio de transporte empleado por los caudillos durante las batallas.

Controversia sobre los aspectos históricos descritos

Véase también: Historicidad de la Ilíada

Desde el siglo VI a. C., Hecateo de Mileto y otros pensadores debatieron acerca del trasfondo histórico de los poemas cantados por Homero. Los comentarios escritos sobre ellos en el período helenístico exploraron las inconsistencias textuales de los poemas.

Las excavaciones realizadas por Heinrich Schliemann a finales del siglo XIX, así como el estudio de documentos de los archivos reales del Imperio Hitita comenzaron a convencer a los investigadores de que podía haber un fundamento histórico en la Guerra de Troya. Sin embargo, aunque la identidad de Troya como escenario histórico

cuenta con el acuerdo de la mayoría de los investigadores, no se ha podido demostrar que se emprendiera contra la ciudad una expedición de guerra comandada por atacantes micénicos.

La investigación (encabezada por los antes mencionados Parry y Lord) de las épicas orales en idioma croata, montenegrino, bosnio, serbio y en lenguas turcas demostró que largos poemas podían ser preservados con consistencia por culturas orales hasta que alguien se tomase la molestia de ponerlos por escrito. El desciframiento del lineal B en los años 50 por Michael Ventris y otros constató una continuidad lingüística entre la lengua notada por la escritura micénica del siglo XIII a. C. y la lengua de los poemas atribuidos a Homero.

Por otra parte, la cuestión de saber a qué época histórica se pueden referir los testimonios de Homero y en qué medida pueden ser usados como fuentes históricas ha constituido el objeto de un largo debate, que se encuentra lejos de haber concluido. Algunos estudiosos como John Chadwick sostenían que la Grecia descrita por Homero no se parecía ni a la de su época ni a la de los cuatro siglos anteriores, mientras que la filóloga Luigia Achillea Stella señala que hay un importante legado micénico en los poemas homéricos. Joachim Latacz insiste en que el *Catálogo de las naves* del canto II de la *Ilíada* recoge la situación de la época del siglo XIII a. C., es decir, de la civilización micénica.

En cambio, Moses I. Finley arguye que lo descrito por Homero no era ni el mundo micénico ni su propia época, sino la Edad Oscura de los siglos X y IX a. C., en todo caso una época anterior al desarrollo de las polis en el siglo VIII.

Los descubrimientos arqueológicos han aportado ciertos elementos desaparecidos con la caída de dicha civilización, pero cuyo recuerdo (topónimos, objetos, costumbres, etc.) guardó Homero. De gran insignificancia, comparado con lo que Homero olvida decir del mundo micénico en el ámbito de las instituciones y de los acontecimientos, aunque los poemas homéricos pretendan ser una descripción de ese mundo desaparecido.

Por otro lado, según los datos aportados por las tablillas micénicas en lineal B, se da concordancia entre muchas de las armas nombradas en los poemas homéricos y armas de la época micénica. El desciframiento de dichas tablillas ha puesto de manifiesto la diferencia entre el mundo micénico y la sociedad homérica. Los palacios micénicos, con su minuciosa burocracia, eran muy diferentes de los de los reyes homéricos, que tienen una organización mucho menos compleja y en los que no se da la escritura.

Homero solo alude en una ocasión a los dorios y no nombra la migración griega a Asia Menor durante la Edad Oscura.

Lo anterior ha sido esquematizado por Michel Austin y Pierre Vidal-Naquet, afirmando que

existen tres niveles históricos en Homero: el mundo micénico que el poeta trata de evocar, la Edad Oscura y la época en la que vivió; y no siempre resultará fácil distinguir con claridad lo que pertenece a uno o a otro nivel.

Lengua homérica

Artículo principal: Griego homérico

Se llama lengua o dialecto homérico a la variante de la lengua griega utilizada en la *Ilíada* y la *Odisea*, adoptada en cierta medida en la tragedia y la lírica griega posterior. Es un lenguaje únicamente literario, arcaico ya en el siglo VII a. C., y más todavía en el siglo VI a. C.. Tal artificialidad se ajustaba a una propuesta fundamental de la epopeya, es decir, la de una ruptura con lo cotidiano. Mucho después de muerto Homero, los autores griegos aún se valían de los «homerismos» para darles a sus obras un aire de grandeza.

Las razones de la utilización de esta lengua obedecen a motivos sociales, ya que estas obras serían dirigidas en principio a un público aristocrático y culto, y a motivos de estilo, ya que el verso hexámetro dactílico con que se componían los poemas épicos era muy rígido y se necesitaban variantes de la misma palabra que cupieran en las diferentes partes del verso. A veces la métrica del hexámetro dactílico permite encontrar tanto la forma inicial como explicar ciertos giros. Por ejemplo, es el caso de la digamma (F), fonema desaparecido desde el primer milenio a. C., aunque utilizado por Homero en cuestiones de silabación, incluso si no era escrito ni pronunciado. Así, en el verso 108 del Canto I de la *Ilíada*:

ἐσθλὸν δ' οὔτέ τί πω [F]εῖπες [F]έπος οὔτ' ἐτέλεσσας

el empleo concurrente de dos genitivos, el arcaico en -οιο y el moderno en -ου, o incluso dos dativos plurales (-οισι y -οις) muestran que el aedo podía alternar a su voluntad:

la lengua homérica era una mezcla de formas de épocas diversas, que nunca fueron empleadas juntas y cuya combinación resulta de una libertad puramente literaria.

ROMILLY, Jacqueline de

Más aún, la lengua homérica combina diferentes dialectos. Se pueden descartar los aticismos, transformaciones encontradas cuando se plasmó el texto. Quedaron dos grandes dialectos, el jónico y el eolio, cuyas particularidades son manifiestas para el lector: por ejemplo, el jónico utiliza una êta (η) allí donde el jónico-ático utiliza una alfa larga (ᾱ), de ahí los nombres «Athéné» o «Héré», en lugar de los clásicos «Athéna » y

«Héra». Esta «coexistencia irreductible» de los dos dialectos, según la expresión de Pierre Chantraine, puede explicarse de diversas maneras:

- composición en eólico, que después pasó al jónico
- composición en una región donde ambos dialectos son utilizados por igual
- libre elección del aedo, como para la mezcla de formas de épocas diferentes, a menudo a causa de la métrica.

Varía el griego homérico del clásico en la morfología de las palabras, en varias formas de declinación y flexión del nombre y del verbo, y en el vocabulario. La lengua homérica tiene una base de dialecto jonio, formas del dialecto eolio y de otros, formas tanto arcaicas como más modernas, y otras nuevas.

Algunos ejemplos de usos dialectales:

Del jonio

- Pérdida total de digamma.
- Uso de -v eufónica.
- Preposiciones sin apocopar y uso de preposiciones jónicas como πρὸς.
- Tercera persona de plural en -σαν.
- Genitivo «moderno» (clásico) en -ου.

Del eolio

- Vocalización de digamma.
- Relativos con geminada, como ὄππος.
- Preverbios apocopados.
- Dativos en -εσσι atemáticos^[g] fuera de la declinación en -σ-.
- Aoristos en -σσ-.

Del ático

- Presencia del espíritu áspero.
- Partícula -μην.
- Dativos en -ει (jonio -ι).

Coincidencias con el micénico

- Genitivo en -οιο.
- τε usada como adverbio (no como partícula).

La épica tenía además sus propios usos de la lengua para expresarse:

- La tmesis o corte del preverbo y el verbo pudiendo existir otra palabra en medio. Podría deberse a que en la época en que se compusieron los poemas aún no se utilizaban unidos.
- El uso facultativo del aumento verbal.
- La digamma desaparece en la escritura y en la dicción, pero se puede detectar al no producirse crasis inevitables en otros contextos. Influye en el recuento métrico aunque no se vea.
- Una licencia poética que consiste en la diéctasis. Influencia de la épica homérica en la literatura griega posterior

La apoteosis de Homero, obra de Jean Auguste Dominique Ingres, 1827, Museo del Louvre.

La épica homérica era tan apreciada entre los griegos que fue la herramienta de enseñanza utilizada entre ellos. Además sus versos eran memorizados y repetidos constantemente aunque la gente fuera iletrada, por ello fueron muy conocidos en casi todas las etapas de la historia griega desde la composición de los poemas. La influencia que tuvieron, por su importancia, en otros géneros literarios contemporáneos o posteriores es fácilmente rastreable en la lírica y el teatro griegos.

La vinculación de la lírica a la épica es evidente en temas, influencia de vocabulario «épico» («homerismos», arcaísmos conservados por Homero, palabras muy técnicas sobre la guerra, etc.), las fórmulas homéricas, los epítetos tradicionales, muchas escenas épicas (aumentadas, cambiadas o satirizadas para dar cuenta de la originalidad del poeta lírico).

Las composiciones de ambos géneros se cantaban ante un público, aunque con funciones diferentes: la épica narraba hechos heroicos del pasado al son de la lira con una lengua elevada y culta; la lírica criticaba, celebraba, veneraba etc. al son de la flauta o de la lira.

En sus orígenes los versos épicos eran compuestos y cantados por los mismos autores. Con el tiempo se va separando el autor del ejecutante. En la épica queda un *corpus* cerrado interpretado por un rapsoda que se limita a ponerlo en ejecución. En la lírica también ocurre, aunque existen «poietés» líricos que componen y que insertan su nombre en las obras conscientes de su autoría, para que quien interprete sus poemas hable de él. El autor de épica podía componer lírica, aunque es una circunstancia especial (en la épica hay pasajes que bien podrían identificarse con monodias líricas mencionadas a la manera de la épica).

Las obras de ambos se recitaron en banquetes y fiestas. Se fijaron para ello los poemas por escrito.

Sin embargo, el yambo es una parte de la lírica relativamente poco afectada por la épica. Ciertamente es que se recitaba ante público, pero por lo demás podríamos decir que el yambo es anti-épico. Los temas de la épica muchas veces aparecen totalmente parodiados, su lenguaje no es en absoluto elevado sino completamente contrario, y el autor se manifiesta y da datos de sí mismo: el objetivo del yambo es escarnecer a otra persona y contar historias realistas de personajes absolutamente antiheróicos.

LA ODISEA

Mitos y secretos de la “Odisea” de Homero, “el libro más influyente de la historia”

<https://www.infobae.com/cultura/2021/05/16/mitos-y-secretos-de-la-odisea-de-homero-el-libro-mas-influyente-de-la-historia/>

¿Homero era en realidad una muchacha siciliana? Blackie Books acaba de publicar una nueva edición en castellano con un anexo de reversiones entre las que se encuentra un relato de Margaret Atwood que narra la espera de Penélope. Según una encuesta de la BBC de 2018, esta obra antiquísima es la que más definió nuestro pensamiento

La nueva edición de la "Odisea" de Blackie Books

De Homero no sabemos nada. La documentación se desintegra en el lenguaje del tiempo y sólo llegan a nosotros fragmentos erosionados de una identidad rara. Se cree que fue un hombre que nació en el año 1102 a. C. y que creó —en el sentido amplio del término, porque en ese entonces las obras no se “escribían” — los dos pilares de la épica grecolatina y, por consiguiente, de la literatura occidental: La Ilíada y la Odisea. Luego, la historia hizo lo suyo: fueron transmitidas oralmente de generación en generación hasta teñir el mundo con lo que Harold Bloom en *El canon occidental* sostiene como la gran esencia homérica: la “poética del conflicto”. Existen teorías más que atendibles que afirman que Homero no fue una sola persona sino varias, y que ambos textos tardaron 200 años en terminarse. No hay forma de desenterrar los misterios de su natalidad — siete ciudades se disputaron ser su patria: Ítaca, Esmirna, Quíos, Colofón, Pilos, Argos y Atenas— pero sí de construir un relato posible para abordar su enigmática figura, un relato que le de forma a la identidad del creador de los cimientos de la literatura. Se cree que su madre era Cretéis, una muchacha que quedó embarazada muy joven y que, tras el nacimiento de Homero, se casó con Femio, un famoso poeta que dirigía una escuela poética, y que aparece en la Odisea. Así, de chico, Homero habría aprendido el oficio de poeta y, tras la muerte de su padrastro, quedó al frente de la escuela. Pero como en ese entonces el mundo era un lugar mucho más misterioso que hoy, partió en un viaje largo y maravilloso. Cuando regresó a Grecia contrajo una enfermedad en los ojos, que al poco tiempo lo dejó ciego. Por tal motivo se dedicó a componer poemas. Se cree que se casó, que tuvo tres hijas y que —según Heráclito—, a diferencia de la gloriosa épica de sus personajes, murió de rabia —en ese posible destino también hay épica: la obstinación de una derrota— al no poder descifrar un enigma. Fue durante uno de sus viajes, cuando unos pescadores le propusieron el acertijo: “Los que atrapamos los tiramos, los que no pudimos atrapar nos los llevamos”. ¿Cómo no iba a poder resolverlo alguien como Homero? La respuesta, que era los piojos, nunca la encontró. Y murió de rabia. Eso dice la leyenda.

La palabra que hoy usamos para nombrar un viaje largo o un trámite tortuoso proviene del título de este texto que, a su vez, proviene del nombre de su protagonista: Odiseo en griego; Ulises en latín. Se tradujo al latín por primera vez en el siglo III a. C. por Livio Andrónico y desde entonces Ulises es como tradicionalmente se nombra al héroe en Occidente. Son 24 cantos en lengua homérica —una mezcla de dialecto jónico con eolio con una métrica muy precisa— y que para el siglo III a. C. ya había quedado arcaica. La cuestión de la lengua es importante porque cada traducción no es el paso transparente de un idioma a otro, sino una transformación al adaptarse a las características temporales y especiales de quien lo traduce. En ese sentido, desde aquel siglo inhóspito, casi imposible, ¿cuántas resignificaciones de la Odisea se produjeron? Como dijo Eliseo Verón, la semiosis social es infinita, tanto hacia atrás como hacia adelante, sin embargo la Odisea sigue funcionando como un discurso en permanente condición de producción. De su fábula sale y a su fábula regresa toda la literatura.

Quizás la gran novela del siglo XX sea Ulises, del irlandés James Joyce, que está escrita con un sentido claro: es un homenaje al héroe homérico, sobre todo en lo que Harry Levin llama simbolismo épico. Pero no es el único, sobran los ejemplos: en Adán Buenosayres, Leopoldo Marechal lleva a Ulises a la Argentina; en Ulises Criollo, José Vasconcelos Calderón a México; y, en El viajero perdido, César Mallorquí a España. En el cine también tuvo una gran presencia explícita desde el cortometraje de George Méliès de 1905 hasta la película O Brother, Where Art Thou? de los hermanos Cohen.

Este libro que es, según una encuesta de la BBC de 2018 a especialistas de todo el mundo, “el libro más influyente de la historia”, tiene una nueva edición en castellano. La publicó el sello español Blackie Books este año. Contiene dibujos de Calpurnio, un mapa que muestra el viaje de Ulises, notas interesantes, un relato de Margaret Atwood titulado La versión de Penélope, y textos breves que versionan la Odisea de Dorothy Parker, Nick Cave, Augusto Monterroso y Javier Krahe.

La traducción es esta nueva edición es de Samuel Butler —“la más fiel de las versiones homéricas”, según Borges— y data del año 1900. Butler tenía la teoría de que fue escrita por una muchacha siciliana y lo pormenorizó en su libro de 1897 titulado La autora de la Odisea. La historia, ya conocida por todos, es el relato del regreso de Ulises a su casa luego de la guerra de Troya. En Ítaca lo esperan su esposa Penélope y su hijo Telémaco. Ese regreso se ve impedido por infinidad de acontecimientos, sobre todo por obstáculos del orden de lo sobrenatural, con dioses, sirenas y cíclopes incluidos. Mientras tanto, Penélope lo espera. En ese amor paciente e inoxidable pone el ojo, no sólo Butler, sino también Joan Manuel Serrat con su canción emblemática: “Penélope / con su bolso de piel marrón / y sus zapatos de tacón / y su vestido de domingo. / Penélope / se sienta en un banco en el andén / y espera que llegue el primer tren / meneando el abanico. / Dicen en el pueblo / que un caminante paró / su reloj / una tarde de primavera. / Adiós, amor mío, / no me llores, volveré / antes que / de los sauces caigan las hojas”.

En una época de reivindicación feminista, Penélope cobra otra magnitud. Margaret Atwood escribe en su relato: “Resulta difícil saber qué creer. A veces la gente se inventaba cosas solo para asustarme, y para ver cómo se me llenaban los ojos de lágrimas. Tiene cierta gracia atormentar a los vulnerables. No obstante, cualquier rumor era mejor que no saber nada de Ulises, así que yo los escuchaba todos con avidez. Pero pasados unos cuantos años más dejaron de llegar rumores: era como si Ulises hubiera desaparecido de la faz de la tierra”. Del otro lado del mundo, la historia de Ulises, intentando volver a su casa, abrazar a su hijo —que lo sale a buscar—, a su esposa, a su

ciudad, a su antigua vida. Diez años después, luego de una travesía digna de... bueno, justamente, de la Odisea... entre las que se encuentra la famosa escena en la que se ata al mástil del barco para escuchar el canto de las sirenas, regresa a Ítaca. No puede decir que es Ulises, porque hay una cola de pretendientes que esperan que Penélope los elija. Lo matarían. Entonces se disfraza de mendigo y compite con ellos.

Tras diez años, Penélope decide elegir un pretendiente. No elije al más rico ni al más lindo ni al más sabio ni al más agradable. Se casará con aquel que logre hacer algo que sólo Ulises podía —su último y definitivo gesto de esperanza—: pasar una flecha por los ojos de doce hachas alineadas. Nadie lo logra. Nuestro héroe, por supuesto, lo consigue. Así traduce Butler la escena del encuentro: “Ulises se conmovió y lloró mientras abrazaba a su amada y fiel esposa contra su pecho. Igual que los hombres que nadan hacia la orilla agradecen ver tierra cuando Poseidón hunde su nave con la furia de sus vientos y sus olas, y solo llegan a tierra unos pocos que, cubiertos de sal, agradecen estar en tierra firme y fuera de peligro, así recibió ella a su marido al mirarlo, y no pudo separar los bellos brazos de su cuerpo. De hecho, habrían seguido llorando hasta el alba”. Al fin y al cabo, como la historia de la humanidad, con sus desgracias e injusticias, la Odisea de Homero es una historia de amor. La más apasionante de todas, tal vez.

La Odisea: de lo inefable radical

19 Ene 2026

/ <https://www.zendalibros.com/la-odisea-de-lo-inefable-radical/>

JOSÉ DE MARÍA ROMERO BAREA

Alienado de sus propios actos, un fantasma ronda los bordes de una existencia que no le pertenece: **“Háblame musa, de un hombre de ingenios”**. Crónica del atrincheramiento de un corazón frente al dolor, este intemporal poema épico nos ofrece la progresiva confirmación de que el protagonista no se esconde en el retiro espiritual de la página en blanco, sino que lidia, tan lúcida como descarnadamente, con la indiferencia del destino: **“Cuéntanos**

siquiera un poco, diosa, retoño de Zeus”. Suponen los veinticuatro cantos de la **Odisea** (Oficina de Arte y Ediciones, 2025; Prólogo y traducción de **Juan Manuel Macías**) una celebración de los silencios y las contorsiones de la actualidad. En esencia, **Homero** (siglo VIII a. C.), su autor, nos habla, precisamente, de lo que no podemos hablar, cuestionando un hecho indecible: lo inefable radical que mora en el centro de la existencia, más allá del lenguaje.

"Ya sea a través del impulso visceral o la liberación textual, comprendemos qué subyace al mutismo energizado por el conflicto que impregna al protagonista"

Una sobriedad estilística no escatima una significativa conexión emocional: **“Vengo a implorarte, señora. ¿Eres mortal o eres diosa?”** Contenido el fraseo, acumulativos los efectos de un artefacto minimalista tan controlado como austero, compuesto en el siglo VIII a. C., urdidor, sin embargo, de una totalidad en fragmentos que sobrepasan la cantidad de detalles que contienen.

Los intercambios entrecortados estallan en exclamaciones para narrar la vuelta a casa, tras la guerra de Troya, del griego Odiseo. Una sensación de distanciamiento psicológico repercute en el desenlace emocional: **“Nadie es mi nombre, y Nadie es la forma en que me llaman/ mi madre y mi padre y todos mis restantes compañeros”**. A pesar de este solipsismo sobrenatural, el héroe sobrevive en una férrea corporalidad que raras veces articula verbalmente.

Ya sea a través del impulso visceral o la liberación textual, comprendemos qué subyace al mutismo energizado por el conflicto que impregna al protagonista. Si bien su experiencia vital está definida por el trauma de la batalla, la envergadura del combate apenas logra encapsular la inminencia de la muerte: **“Tristes vosotros, que vivos, bajasteis a donde Hades, / y dos veces habéis muerto, mientras que el resto una sola”**.

"A la aceptación flemática de una inquietante resignación se opone el periplo de Odiseo como agente de su propio destino e impulsor de destinos ajenos"

Se revelan la naturaleza y las implicaciones de una ingenuidad distante pero curiosa, que se ocupa de los placeres de la aventura consistente en poner una palabra tras otra para dar cuenta de los años que Odiseo invierte en regresar a la isla de Ítaca, de la que fue rey, período durante el cual su hijo Telémaco y su esposa Penélope entretienen en palacio a los pretendientes que buscan desposarla.

A la aceptación flemática de una inquietante resignación se opone el periplo de Odiseo como agente de su propio destino e impulsor de destinos ajenos, un **“yo trabado en dolor por Zeus y los otros dioses, / que me desviaban lejos de la ruta hacia mi patria”**. Retrata el aedo a un ser humano capaz de escapar de los continuos problemas a los que se enfrenta sacudido por fuerzas que escapan a su voluntad, ya sean los deseos materiales o las inmateriales ondulaciones de la voluntad.

"En una época de ambiciones ontológicas y artísticas audacias, se impone regresar a este clásico para abordar las grandes preguntas sobre la extraña sensación de estar vivos"

Se nos insta en la *Odisea* a reflexionar antes de actuar: **“Itacenses, detened la contienda, / y separaos enseguida, y no corra más la sangre”**. El lector que recorre la composición es el participante flemático e invariablemente pasivo de los acontecimientos de una peripecia sometida a los acontecimientos universales, por lo que adquiere de facto la condición de caminante existencial.

“La *Odisea* no solo es una búsqueda de la memoria” sostiene el filólogo, helenista, poeta, traductor y tipógrafo Juan Manuel Macías (Cartagena, 1970) en el prefacio: **“También se nos antoja una encendida refutación de la línea recta”**. En nuestro airado siglo XXI diríase más pertinente que nunca regresar a esta homérica confrontación con la mortalidad. En una época de ambiciones ontológicas y artísticas audacias, se impone regresar a este clásico para abordar las grandes preguntas sobre la extraña sensación de estar vivos y sobre qué significan, si es que algo significan, presente, pasado y futuro.